

MADRID PINTORESCO.



La Montaña artificial en el Retiro.

LOS JARDINES RESERVADOS DEL RETIRO.

La primera época del reinado de FERNANDO VII, á contar desde su regreso de Francia en 1814 hasta la muerte de su segunda esposa DOÑA MARÍA ISABEL DE BRAGANZA á fines de 1817, fue señalada para Madrid por una predilección singular que tanto el rey como la reina mostraban hacia su heroica capital; complaciéndose en permanecer constantemente en ella, visitando todos los establecimientos públicos y particulares, pasando revistas lucidísimas, asistiendo á pie y sin ceremonia á los teatros, paseos y demas puntos de reunion, y poniendo en fin, especial cuidado en reparar los deterioros que la guerra con los franceses habia originado en la villa del *Dos de Mayo*. Especialmente el breve tiempo que duró el reinado de Doña María Isabel, se distinguió notablemente por aquella predilección á Madrid, datando de dicha época muchos proyectos para su embellecimiento, de los cuales el mas útil fue el de la reparacion del Museo del Prado, y su destino á galeria de pintura y escultura; proyecto que se

Segunda série.—Tomo II.

guido despues con el mayor teson por Fernando, forma hoy sin duda alguna la mas bella página de su reinado.

Los monarcas anteriores habian cada cual manifestado alternativamente su inclinacion y cariño á una de los sitios reales ó residencias campestres donde suelen retirarse durante la buena estacion. Carlos I de Austria dió el primer impulso al embellecimiento de Aranjuez, y renovó el palacio de los Maestres de Santiago. A la severa y poderosa voz de su sucesor Felipe II se elevó el soberbio monumento del Escorial. El poderoso valido conde duque de Olivares supo aprisionar en su capital á Felipe IV, haciendo desplegar dentro de su recinto los magníficos jardines, las encantadas fiestas del Buen-Retiro. Felipe de Borbon, siguiendo su antipatía á su antecesora la casa de Austria, alzó sobre las ruinas del antiguo alcázar de Madrid un nuevo y magnífico palacio, y huyendo de los recuerdos de Aranjuez el Escorial y Buen-Retiro hizo aparecer por encanto á la falda de las escabrosas sierras carpetanas un nuevo Eden en los jar-

5 de julio de 1840.

dines de San Ildefonso. Su hijo y sucesor Fernando VI volvió á renovar el perdido entusiasmo por Buen-Retiro. Carlos III generalizó á Madrid y todos los sitios reales las grandiosas muestras de su proteccion y Carlos IV continuó embelleciéndolos hasta que á su caída del trono vino la guerra de los franceses, y todas aquellas reales mansiones tuvieron mucho que padecer. Pero ninguna en los términos que el Buen-Retiro, que constituido por su situacion en una especie de ciudadela para tener en respeto al arrogante pueblo de Madrid, perdió de tal modo su carácter de sitio de recreo, que á la salida de los franceses solo presentaba, donde antes sus vistosos palacios, sus jardines, bosques y paseos, una inmensa multitud de escombros, parapetos, zanjas, parques de artillería, y efectos de guerra.

Fernando á su regreso al trono proyectó restaurar aquel hermoso recinto, y restituirle su pasado esplendor; mas desgraciadamente no se pensó en volverle su carácter de sitio real, con su animada poblacion, sus fábricas, palacio, teatro y demas circunstancias que le dieron aquella vitalidad que disfrutó en los siglos anteriores; y guiado mas bien de consejos apocados prefirió dividirle en dos partes, una destinada esclusivamente á paseo público; y la otra á jardines reservados para recreo de la familia real. De aquella primera parte hablamos ya en otra ocasion (1), y hoy nos proponemos tratar aunque ligeramente de esta última.

Los jardines reservados de S. M. se estienden desde la puerta de Alcalá hasta la esquina de la tapia sobre la que se eleva la montaña artificial, y luego siguiendo por la derecha todo el espacio comprendido entre dicha tapia y el estanque grande hasta la casa de fieras; lo cual viene á ser casi una mitad del retiro; hallándose dividido tan dilatado espacio en varios trozos de jardin de diversos gustos, bosques, paseos y huertas, todo bastante frondoso para la escasez de aguas que experimenta este real sitio.

Hállase ademas adornado todo ello con diferentes objetos de recreo, tales como fuentes, cascadas, grutas, montañas y templetos, en lo que se han invertido cuantiosas sumas y desplegado un lujo de decoracion, á par que una puerilidad de ideas, que entretiene agradablemente, sin causar en el ánimo del observador sentimientos mas elevados; de suerte que difícilmente podia lucirse mayor empeño en sembrar el oro para dar por resultado una cosecha mayor de magníficas superfluidades.

Con efecto, al ver al poderoso Monarca de España é Indias (porque entonces lo era) al poseedor de los magníficos vergeles de Aranjuez y San Ildefonso, de los palacios de Madrid y el Escorial, de la Alhambra de Granada, y de los Alcázares de Sevilla y de Toledo, dispensando sus tesoros en manos de sus aduladores, para que estos á fuerza de diligencia improvisasen una cabaña rústica, ó una cascadilla de nacimiento; una montaña de algunas toesas de altura, ó un templete sin carácter arquitectónico; una miserable parodia de un salón oriental, ó un estanque *soi disant* chinésco, no sabe uno si reir irónicamente de los raquíticos esfuerzos de la adulacion, ó llorar con amargura la malversacion de tantos capitales en una nacion pobre y desgraciada.

«Los pueblos, y los reyes (dice Víctor Hugo) escriben en piedra la historia de su civilizacion, y consignan los adelantos de su época.» Carlos III la dejó sin duda impresa en los magníficos caminos de Sierra Morena, en los suntuosos edificios de Madrid. La época á que ahora

nos referimos quedó escrita en el Retiro, en techos de caña pintada, en torrecillas de cascabeles, en piedras y corales imitados, en gabinetes de talco, y en una casa de fieras.

Los forasteros provincianos, sin embargo, no dejan de contar á los jardines reservados del retiro entre las maravillas del mundo, y acometen con ánimo sereno y decidido las mil y una diligencias indispensables para proporcionarse una targeta de entrada en aquel recinto de Armida, en aquel Oasis encantador. Empeñarán, (por ejemplo) al diputado de su provincia para que hable al ministro, á fin de que este se interese con el mayordomo mayor, el cual dará una carta para que el Gentil-hombre interponga su influjo con el conserje, con el objeto de que espida una papeleta de entrada á la órden del portador. Madrugarán luego una mañanita, y previa la convocacion de todos sus parientes, amigos y allegados, marcharán en columna cerrada hácia el Retiro, presentándose humildemente á uno de los guardas del Santuario; el que (cumplidos que sean los requisitos del visto bueno, y demas necesarios para tan solemne acto) empezará á conducir á aquel pasmado grupo por tan bello laberinto, dirigiendo su especial solicitud á las señoras mamás y hermanas de aquellos Anacharsis, las cuales no dejarán de corresponder con sus gritos y ademanes de sorpresa, y satisfaccion, cada vez que el guarda les dirá que en aquel banquillo acostumbra S. M. á sentarse de vuelta de paseo; que en aquella piedra tropezó un dia el infantito Don Tal; ó en aquel arbolito cogió un nido de gorriones su augusto papá. Luego dará cuerda á una fuentequilla de conchas que hay á la entrada, ó á la cascadilla del rincon, y retrocederán con gran algazara todos los honrados espectadores al ver saltar el agua en direccion de sus sombreros, y los mas pequeños correrán, y gritarán alborozados, preguntando por donde sale el chorro, y como es que se han mojado; con otras varias interpelaciones que no podrán menos delisongear la vanidad de los directores de aquella magnífica sorpresa. Mas adelante entrarán en las grutas silvestres, y encontrarán grandes simpatías con su rústica naturalidad; ó alargarán los juncos y bastones por entre las rejas de la pajarera, admirándose de ver como vuelan todos los pajaritos, ó echarán miguitas de pan á los cisnes del charco, y al escuchar su graznido, bajo la fé de los poetas, creerán oírlos cantar.

A todo esto el guarda encargado de la enseñanza habrá ya endosado como letra de cambio á nuestro grupo provincial, poniéndolo á la órden de otro segundo guarda para continuar su curso, y recibiendo á su despedida una moneda argentada por via de quebranto; el segundo guarda les continuará la explicacion otros cuantos pasos mas, y despues la misma operacion de trasiego, el mismo endoso á un tercero; y luego este á un cuarto; y luego á otro y á otro; todo con una precision de movimientos admirable, aunque no sin grave deterioro de las bolsitas de seda ó de abalorio de los señores visitantes.

De vez en cuando se interrumpe la monotonía de los jardines por algunos edificios aislados, reducidos por la mayor parte á gabinetes de descanso, en todos los cuales se echa de ver la predileccion que el director de la obra (que sin duda debia de ser romántico) tenia por los contrastes; pues todo se reduce á cabañitas rústicas de troncos y peñascos por fuera, y que en su parte interior se convierten en lindos retretes alhajados con todos los adornos y menesteres necesarios para descansar agradablemente del paseo, y... ¡oh prevision admirable! hasta para pagar tributo (si necesario fuese), á una fácil y ter-

(1) Véase la página 51 del tomo 1.º del Semanario (1836.)

minada digestion. — Recintos misteriosos y fatídicos, que reproducidos con profusion en semejantes sitios y destinados á tan elevados personajes, vienen á ser, á pesar de sus primores en espejos y argenteria, un recuerdo continuo de su flaca naturaleza, un *Memento homo*, muy filosófico, aunque no del mejor olor.

Preciso es hacer un grato descanso en el bello *salon oriental*, que siguiendo el mismo sistema de contraste ofrece en su exterior un tosco edificio de troncos y cañas, al paso que en su interior ostenta una elegante decoracion al gusto persa; que aunque pudiera achacarse de algo hiperbólica en sus detalles (puesto que no hayamos estado en Ispahan para saber si los salones del Shaa se hallan revestidos de perlas como nueces, ó de rubies como melones), sin embargo produce un conjunto verdaderamente alhagüeño, original y sorprendente. Tiene ademas este salon un tanto mas de comparacion con las pirámides de Egipto; y es que á pesar de las eruditas controversias, todavía no se ha podido averiguar de cierto cual fue el objeto de su construccion.

Al menos, en la *montaña artificial* que se mira de allí á algunos pasos; ya se infiere que el levantar allí á costa de espuestas de tierra y de onzas de oro una elevacion semejante, fue con el objeto (á todas luces razonable) de cubrir con una bellísima bóveda una noria que por mas señas se hundió á poco tiempo, y elevar sobre su altiva cresta una especie de mirador de forma ambigua, desde donde se dominan los tejados de Madrid y las deliciosas tierras de pan llevar del camino de Alcalá. Esta montaña que por entonces hizo mucho ruido sobre cual seria su objeto, suponiendo algunos nada menos que la edificacion de un castillo ó fortaleza inexpugnable donde poder retirarse en caso de ataque toda la poblacion de Madrid y sitios reales, quedó desde entonces conocida por el nombre de la *montaña rusa*, y á la verdad que ignoramos la razon, pues que mas que de Rusia tiene cierto sabor de la Alcarria; y nadie hasta ahora que sepamos ha pretendido resbalar por ella en *treneaux*. En cuanto al edificio que la corona la opinion general ha sido mas justa, y ya que no ha podido hallarle objeto se ha atendido á la forma, cometiendo una figura retórica que llamamos comparacion, y apellidándole por simil *La Escribanía*.

Hay otra *casita de pescador* con su pequeña ría, bastante pintoresca; otra *del pobre*, con sus diversos compartimentos, lindamente imitados á la verdad, alhajada con rústicos utensilios, y hasta con rústicos dueños, figuras graciosas de movimiento, que consisten en una mujer que hila y mece la cuna donde duerme un chiquillo, y un pobre enfermo en su cama; los cuales saludan cortesmente al que entra á visitarlos, no sin asombro de nuestro ya olvidado grupo recién venido, que no puede comprender que todo aquello no sea arte del diablo. En otro tiempo estaba aumentada esta pobre familia con un bello granadero de realistas, hijo de la casa, el cual sin duda marcharía á batirse á las facciones, y sabe Dios cual habría sido su suerte, sino se ha dado prisa á convertirse en patriota.

El *embarcadero* chinesco al frente del estanque grande es de lo mas bello y digno de elogio, no solo por su linda proporcion y elegante adorno, sino porque al fin tiene su objeto; si bien no ha cumplido su *mision sobre el agua*, sino alguna que otra vez, y eso hace muchos años y solo en la época á que nos referimos, cuando Fernando VII y su esposa doña Isabel se andaban surcando las pacíficas ondas del estanque en una bella gondola que se conserva en el astillero, como testimonio de la última de nuestras glorias marítimas.

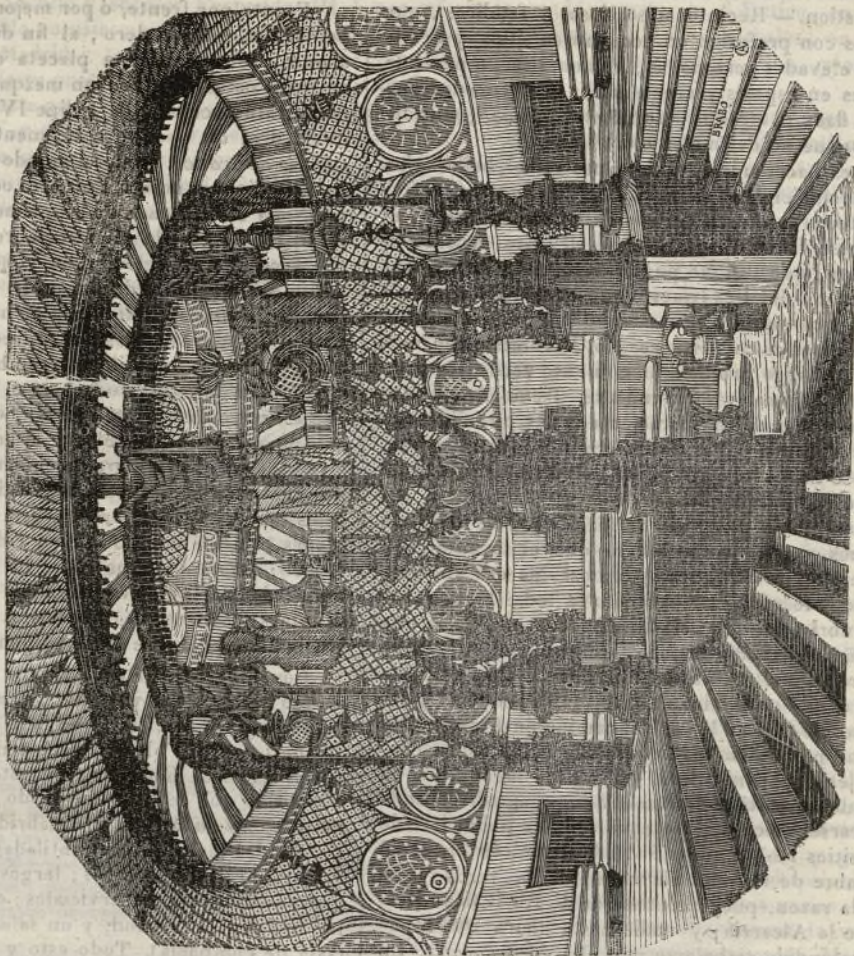
Frente por frente, ó por mejor decir, frente de las espaldas del *embarcadero*, al fin de una hermosa calle de álamos, se estiende una placeta en cuyo término medio se halla colocada sobre un mezquino pedestal la magnífica estatua ecuestre de Felipe IV conocida en el pueblo de Madrid un poco prosaicamente con el título de *El caballo de bronce*. Todo el mundo sabe, y por si acaso no, ya se lo digimos nosotros en otra ocasion (1) que esta hermosísima estatua, una de las primeras de su género en Europa, fue egecutada por el célebre escultor florentino Pedro Tacca con arreglo al dibujo que de órden del rey le envió su primer pintor de cámara D. Diego Velazquez. La actitud del caballo en situacion de hacer una corbetta, y sosteniéndose sobre sus dos pies, ofrecia una inmensa dificultad que parecia imposible de combinar con el enorme peso y volumen de la estatua; pero el escultor supo vencerla, con asombro de los inteligentes, dando al caballo todo el brio de que es susceptible, y al ademan del rey la mayor magestad y nobleza, y no descuidando ninguno de los detalles. Esta magnífica estatua que tiene pocas semejantes es colosal, pesa 18000 libras, y está estimada en 40,000 doblones. En lo antiguo estuvo colocada á la entrada del Retiro; hasta que luego lo ha sido á donde se halla, siendo de lamentar que tan bella obra no se halle en un sitio mas frecuentado, ofrecida á las miradas del público, y á la admiracion de los inteligentes.

Conclaye la parte reservada con la *casa de fieras*, último término del visitador, y *non plus ultra* de su entusiasmo y admiracion. El edificio es bello, elegante y bien dispuesto para el objeto, y no tendrán motivo de quejarse los exóticos huéspedes de este filantrópico establecimiento de que se haya escaseado aquella comodidad conciliable con su áspera y desahrida condicion. Espaciosas y cómodas jaulas, bien ventiladas y cerradas con dobles y fuertes rejas y trampas; largos y hermosos corredores; guardas diligentes y serviciales; comida abundante y grata; baños para la salud, y un salon ó emberjado de recreo (sala de compañía). Todo esto y mas tienen las señoras fieras; y ójala pudieran decir otro tanto los muchos desgraciados acogidos á los establecimientos de mendicidad en nuestra heroica capital.

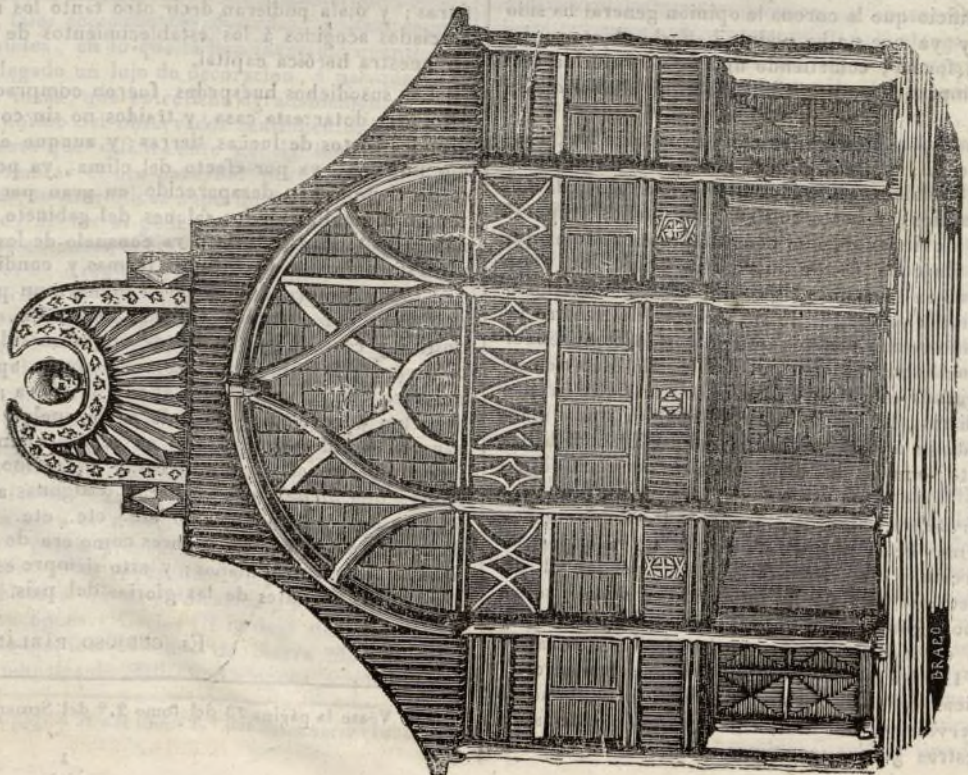
Los susodichos huéspedes fueron comprados *ex profeso* para dotar esta casa, y traídos no sin compromiso y grandes costos de lueñas tierras; y aunque eran en mayor número, ya por efecto del clima, ya por transcurso de tiempo han desaparecido en gran parte, ó se ostentan inmóviles en los salones del gabinete de historia natural. Quedan todavía para consuelo de los aficionados diversos animales de distintas formas y condiciones aunque todos comprendidos bajo el nombre un poco poético de *fieras*; por ejemplo: Primera fiera; Un *avestruz* raquítico y cascado que huirá de un raton si le ve pasar á cien varas; 2.^a fiera; un *dromedario* que apenas puede moverse con el peso de los años; 3.^a fiera; un *mandril* jugueton y revoltoso que todo se le vuelve saltar y jugar con la cola; hay ademas un *elefante* un *leon* y una *leona*, varios *osos* extranjeros y del reino, una linda *zebra*, una *hiena*, una *pantera*, y algunas aves de rapiña, un *águila*, un *casuario* etc. etc. etc. Véase por lo dicho que no somos tan pobres como era de suponer en fieras y estrañas alimañas; y esto siempre es un consuelo para los amantes de las glorias del país.

EL CURIOSO PARLANTE.

(1) Véase la página 73 del tomo 2.^o del Semanario. (1837).



Interior del salón Oriental en el Retiro.



Exterior del salón Oriental en el Retiro.

REVISTA DRAMÁTICA [1].

Teatro del Principe.—*Garcilaso de la Vega*, drama en cinco actos y en verso por D. Gregorio Romero y Larrañaga.—*Emilia*, drama en cinco actos.—Su autor D. Ramon Navarrete y Lauda.



Quisimos considerar en nuestro primer artículo el influjo que el romanticismo ejerciera en el pensamiento literario, indicando nuestro parecer sobre la misión que en el drama fue llamada á ejercer la nueva escuela. La cuestión de formas, si bien menos elevada, no por eso desmerece de que le consagremos algunos cortos renglones.

¿Qué vino á hacer el romanticismo en la forma dramática? A nuestro entender lo mismo que ha dos siglos ejecutó Lope de Vega: romper las ligaduras tal vez harto apretadas impuestas á la tragedia por el clasicismo griego; dar mas latitud, mas expansion, mas vida y variedad de colorido al cuadro dramático; hacer en fin el drama mas novelesco. Y he aquí la valla que separa el drama de Calderon de la tragedia de Corneille, unidas en cuanto al pensamiento, diferencia nacida no de idea caprichosa, sino de las diversas circunstancias de ambas naciones. Al principio el siglo XVII, nuestro pueblo ardiente y entusiasta, lleno de nobles y altivos recuerdos de su juventud aun no marchita, de su gloria y poder aun no desvanecidos, nuestro pueblo que recibiera en su infancia todo ese idealismo, toda la gala, toda la imaginación oriental de los árabes, era mil veces mas poeta que el público que en el siglo de Luis XIV asistía á la representación de las tragedias de Racine y Corneille. Por eso si la forma del teatro francés es mas ajustada, tal vez mas bella, la imaginación, la gala, el genio campea mas libremente en nuestros sublimes dramáticos que en los de la Francia. Cotejense las *Mocedades del Cid* por Guillen de Castro, con el *Cid* de Corneille y se verá palpablemente esto que nosotros decimos. Mas cercanos á la infancia de las naciones, nuestros dramáticos eran mas poetas, mas jóvenes nuestro pueblo les seguía en los atrevidos vuelos de sus almas, y eragénado el público que asistía á la representación de los dramas de Calderon y Lope de toda la gala y brillantez de su genio, elevados en alas de su ardiente fantasía á una rejion mas alta, cautivados por la magia de esa poesía que se desliza sin sentir, jamas preguntaba al poeta si lo que les contaba sucedía ó no en el mundo. Lo que sus corazones sentían, los pensamientos que sus almas abrigaban, los recuerdos de gloria, gratos siempre á un pueblo valiente y entusiasta, sus creencias, sus sentimientos, sus pasiones nobles y generosas, su pasado, su presente, todo lo hallaban en las obras de sus poetas. ¿Qué les importaba que sus dramas no fueran mas que una magnífica novela ó un poema sublime?

Dos siglos pasados, el romanticismo ha querido vestir á sus obras con ese manto rico y variado de nuestro antiguo teatro. Pero en la patria de Corneille y de Racine, de esos dos adalides del clasicismo será esto hacedero? Un momento lo creímos, un instante abrigamos esa ilusión hoy desvanecida. Porque en vano, si, se pretende hacer volver los días de la infancia que pasaron ya para la vieja Europa.

Pero en nuestra España era muy diferente: para un

pueblo que asistía entusiasmado á la representación del *Rico hombre de Alcalá* ó á la del *Desden con el desden*, el drama moderno no aparecía como extranjero: era como dijo muy bien un distinguido literato, un hijo perdido que tras largos años y lejanos viajes vuelve al hogar paterno mudados sus hábitos, cambiadas sus costumbres, olvidado tal vez de su patria; pero recordando todavia los tiempos venturosos de su infancia.

Sí, cambiados sus hábitos, mudadas sus costumbres, repetimos nosotros, y por eso no queremos la imitación ajustada y esclusiva de nuestros antiguos y sublimes poetas, y por eso creemos reaccionaria la escuela que quiere volvernos á los días de Moreto y Calderon.

Y no porque nosotros, con toda la efusión de nuestra alma no deseáramos volver, no; sino porque sabemos que no se detiene en su veloz carrera la vida de los pueblos, porque no ignoramos que nuestra juventud, que nuestra infancia ha pasado ya. Y prescindiendo de que un drama mas de este género solo sería una gota de agua en el inmenso Océano, prescindiendo de que la copia no es el cuadro, concediendo que hubiese un genio, que llegase á esa alta esfera donde se elevó Calderon ¿dónde está el público que ha de escuchar su obra? ¿Es por ventura el del siglo XIX, que solo en el teatro mira un pasatiempo, que tanto atiende al aparato escénico, á la contestura de la obra dramática, el público del tiempo de Felipe IV para quien el teatro era una necesidad y á quien nada importaba el mecanismo del drama? seguramente no.

Porque á medida que las artes han ido saliendo de la infancia, la poesía del drama ha ido abandonando el teatro; á medida que los sentidos ganan terreno, la inspiración lo pierde; mientras el genio poético de Calderon se ha alejado de la escena, el talento dramático de Dumas le ha substituido. Lo que la cabeza gana solo es á costa del corazon.

Pero esta reacción que todos observamos, y que nosotros queremos combatir por exagerada, tiene un fundamento ciertamente noble: el de poner un dique á los extravíos del romanticismo; así el joven que ve perder las ilusiones de su corazon, vuelve sus ojos para contrarrestar el torrente que todo lo destruye, á los bellos recuerdos de sus años infantiles.

Tómese, si, de nuestro antiguo teatro los nobles y elevados sentimientos de nuestros poetas, que siempre en contrarán eco en los corazones españoles; tómese toda la gala toda la riqueza de su poesía; pero en vez de la novela del siglo XVII creemos el drama del siglo XIX, de siglo XIX crítico y pensador.

Hemos querido apuntar estas someras reflexiones, para ver lo que debemos esperar y lo que es preciso temer de esa tendencia que se advierte en muchos de nuestros poetas, por imitar nuestro rico teatro antiguo; hemos querido apuntar estas ligeras indicaciones porque uno de los jóvenes cuyos dramas vamos á analizar ha dado tambien en ese escollo, olvidándose que el siglo XIX no es el de Lope y de Calderon.

GARCILASO, nombre tan bello para todos los amantes de la poesía, Garcilaso, el Virgilio español, que sino es el mas grande de nuestros líricos, es tal vez el poeta mas digno de nuestra gratitud y alabanza, pues él fue el que elevó á toda su altura la rica lengua castellana, Garcilaso, el príncipe de nuestros poetas de sentimiento, y de quien puede decirse, como del inmortal Cervantes *que tambien lidió por su patria el buen poeta*, es uno de los nombres mas bellos, que mas simpatías produce en todo corazon español. ¿Y quién al leer en nuestro Mariana aquellos renglones consagrados al poeta no ha aplaudido el acto de Carlos vengando la infeliz muerte de Garcilaso?

(1) Véase la entrega del domingo 21 de junio.

Pero bastaba nombre tan bello para un drama? Yo creo que no; mas si el poeta hubiera querido presentar, como en Torcuato Tasso, la lucha entre el genio y la debilidad, contra el poder y la fuerza, sucumbiendo en la lid el poeta ante el guerrero, acaso hubiera escrito un drama magnifico.

Entonces, es verdad, el poeta tenia que luchar con una inmensa dificultad: desde el instante en que se decidiera á presentar en escena y como personaje principal á Carlos I, ya Garcilaso tenia que inclinar su frente de poeta ante la cabeza del vencedor de Pavia. Si, la experiencia ha venido á demostrar que donde quiera que el poeta presente al monarca español, su colosal figura tiene que dominar á todas las demas; así es que en *Barbara de Blomberg*, en *D. Juan de Austria*, en *Hernani* á pesar de los amores de Blanca y Roberto, á pesar de la figura triste, sombría, pero grande tambien de Felipe II, de la del nieto del emperador, de ese jóven que un dia debia ceñir á sus sienes el laurel de Lepanto, á pesar de los amores tan bellos de Hernani y Doña Sol, en todos esos dramas solo se vé la colosal figura de Carlos I. ¡tan grande es el emperador y rey, el César español!

Hora bien ¿qué es lo que ha hecho el Señor Romero Larrañaga? Abandonado el poeta á su inspiracion, perdido en el vastísimo campo que á su vista se extendia, ha tomado la pluma, ha escrito bellísimos versos, ha bosquejado escenas dignas de Calderon, ha pintado caracteres bellos los mas; pero en vez de escribir un drama solo ha bosquejado una complicada novela.

De aquí la figura de Magdalena bellísima tal vez en un poema y de mas en un drama, de aquí todas esas entradas y salidas de las que el público severo no podia dejar de pedirle cuenta; de aquí el que el poeta se haya visto perdido, abrumado tal vez por su imaginacion; al querer ajustar al molde de la escena una obra que no se habia escrito para ella.

Pero en cambio, ¡cuántas bellezas, cuantos destellos de talento, de imaginacion, prendas seguras para su porvenir dramático, encierra la primera produccion del Señor Larrañaga! El acto primero es un cuadro de Calderon: la misma vida, la misma riqueza y variedad, la misma complicacion de escenas, el mismo afán por enredar un nudo que desatar despues ingeniosamente, la misma gala en el lenguaje, y belleza en las descripciones. No menos bellas son muchas escenas del segundo acto, el bellísimo episodio del 4.º en que asistimos á la coronacion de nuestro poeta. El carácter de este, por lo general, está bien dibujado, y en el de Carlos I hay rasgos que nos manifiestan que el Señor Larrañaga alguna vez se ha elevado á esa colosal altura en que se encuentra colocado el vencedor de Pavia, figura que si bien bosquejada por Victor Hugo y Delavigne, aun no ha hallado un poeta que la presente digna, y noblemente en el teatro. Así no le hiciera escalar los balcones, cosa tan impropia del monarca español, emperador ya de Alemania, como el esconderse cuando rey en el Hernani en una alhacena.

¿Qué ha querido probar, nos dirán muchos, el Señor Larrañaga con su drama? A esto responderemos que el poeta no ha querido sostener ninguna de esas paradojas brillantes pero falsas de la nueva escuela, que no se ha apasionado por ningun principio social, y que siguiendo en esto á la mayor parte de nuestros dramáticos, se ha abandonado á su rica y facil inspiracion, contándonos la vida de su héroe en bellos y dulcísimos versos dignos de Garcilaso.

El Señor Romero Larrañaga era ya conocido cual elegante poeta; en su drama se nos ha presentado como dulce y apasionado trovador. ¿Quiere ver el lector una

prueba? Escuche estos acentos que se escapan de los labios del infeliz amante de Elisa.

Alarcon. ¿Qué decís?

Garcilaso. Que en oscuro apartamiento vuelo á sumir mi abandonada vida.

Alarcon. ¡Qué extraño pensamiento!

¡Abandonar las armas! ¡qué locura!

¿con tanta juventud, con tanta gloria?

Garcilaso. ¡Y con tamaña y triste desventura

Amor, y solo amor forma mi historia;

el me arrancó de mis tranquilos prados,

de mi Toledo, de mi patria hermosa,

y del blando dormir de mis cuidados.

El me ha impelido hácia el funesto estruendo de guerra asoladora,

y á trocar por los pálidos claveles

de mis ricos jardines

los sangrientos laureles;

y por el dulce canto de mi aldea,

el ruidoso brindar de los festines.

Un ángel del amor, aquí en mi idea,

un ángel del amor, aquí en el alma,

sostuvo mi ardimiento,

y con su blanca palma

ornar quiso mi sien del vencimiento.

Y el ángel me engañó; y en noche umbría

hundió su sombra hermosa;

y la palma feliz que me ofrecía,

ceñida vi sobre la sien dichosa

de otro mortal... que no la merecía.

Ya es un vacío el porvenir lejano

para quien nunca alvergará esperanza,

el tiempo que se huyó recuerdo vano

de mentida bonanza.

Solo el tiempo que pasa y condolece,

solo el dolor que me atormenta es cierto;

y esta ilusión que en mi martirio crece

como en tierra podrida el árbol muerto.

Alarcon. Ponedla en el olvido;

breves años contais, y juveniles,

de gloria hermosa y de esperanza llenos:

una mujer de menos

es una flor perdida en cien pensiles,

un eco solitario en mil cantares,

entre estrellas sin fin solo una estrella,

y es una gota en los inmensos mares

.....

¿Y porqué ha trocado su laurel de poeta lírico por la incierta gloria de autor dramático? ¿Es menos bella por ventura la corona de Virgilio y Garcilaso que la que ciñen las sienes de Esquilo y de Calderon?

El señor Larrañaga es aun muy jóven, tiene talento y fecunda imaginacion: lo demas se adquiere con el tiempo. ¿Nos permitirá que le demos un consejo? Si así fuera le diríamos que ya que ha comprendido á Calderon y Lope, que ya que ha podido seguirlos en los vuelos de sus ardientes y poéticas almas, vuelva los ojos á la tragedia de Racine y de Corneille para estudiar su admirable contestura. Tiempo es ya de que abandonemos todas esas niñerías de escuelas, y todos esos sofismas brillantes, y que aprendamos á colocar en una misma linea á Calderon y á Corneille, á Moliere y Moreto. Unamos, si, las bellezas de nuestro rico teatro antiguo con las del tea-

de los la ro clásico; no desdeñemos las relevantes dotes del drama moderno creando así un teatro español, nacional, digno del siglo XIX, y que cual hermoso ramillete reúna las bellas y esparcidas flores. (Se concluirá.)

D. C. y Q.

UN AMIGO EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

ELEGIA.

Vuelve los ojos: verás
Destroncada la belleza,
Pálida y triste la flor,
La hermosa llama deshecha.
Calderón. — El Purg. de S. Pat.

I.

La noche con sombras la tierra ennegrece;
La luna entre nubes oculta el fulgor,
Y el trueno los cielos luchando estremece,
Al brillo del rayo, con ronco clamor.

Mil sombras se miran que el viento arrebató,
Que eleva en los aires, que vuelve á dejar;
Y arroja la luna destellos de plata,
Haciendo sus blancos sudarios temblar.

Y todas las tumbas abiertas estaban,
Escepto una nueva, dó brilla una luz:
Sus rayos funestos un hombre alumbraban
Que reza inclinada la frente en la cruz.

II.

Nada me queda ya, bajo esta losa
Descansa en paz una mujer querida;
Única autorchá que alumbró mi vida,
Y á un soplo se apagó;
En la mansion de muerte en que reposa
La llama el corazón, la invoca el alma;
Y no responde... Y todo yace en calma,
Tranquilo, excepto yo!

Un lazo santo nos unió en el ara;
El mismo Dios bendijo mi ventura;
Un porvenir de paz y de ternura
Contemplaba en su amor.
La dicha que mi labio le jurara,
El tálamo nupcial que le ofrecía,
Fueron tan solo, oh cielos, tumba fría,
Lágrimas de dolor!

Y el mundo vive y goza en torno mio;
Y aun turban mi dolor tiernos acentos;
Y protestas de amor y juramentos
Resuenan junto á mí!
Solo, yo solo del destino impío
Maldigo y lloro la inclemente mano:
Y en vano gimo, y le demando en vano
La esposa que perdí.

Cual pobre flor que marchitó la tarde,
Cual dulce fuente que secó el estío,
Fué corto tu vivir; el llanto mio
Mayor que mi placer.
Y en vauo es ya que solitario aguarde
La triste luz del venidero día:
Amo el silencio de la noche fría
Donde la sueño ver.

Do sueño ver su pálido semblante
Humillarse con mayor ventura:
Dó se une, á mis acentos su voz pura
Vacilante de amor.
Mas pronto, ¡oh Dios! esta vision amante
Desaparece de mis tristes ojos,

Y tan solo me quedan por despojos
Su tumba, mi dolor.

El lánguido lucir de triste luna
Que entre las nubes lóbrega descuella;
El moribundo brillo que destella
El fúnebre blándon;
La lámpara clavada en la columna
Que brilla y muere ante la imagen santa;
Son las luces que adora en pena tanta
Mi triste corazón.

Vagar en solitario cementerio
Mientras el viento en los cipreses zumba;
Y á la luz de los astros, de una tumba
El aliento aspirar;
Demandar á los muertos el misterio
De nuestra vida inútil de dolores,
Siendo ilusión el gozo y los amores,
Verdad triste el penar;

Esta es la suerte de mi amarga vida;
Mi existencia sin dicha, sin consuelo,
Cual las hojas marchitas por el suelo,
Gimiendo rodará.

Luego vendrá la muerte apetecida,
Y mi existencia se unirá á la nada,
Y nadie, oh Dios, sobre mi losa helada,
Nadie á rogar vendrá.

III.

Así la canción con que llora
El cisne su muerte fatal
Se eleva á los cielos sonora
Del lago de limpio cristal:
Las plumas del pájaro flotan:
Sus alas el lago alborotan,
Y pronto el doliente cantor
No es mas que cadáver errante
Que arrulla la brisa sonante
Con dulce suspiro de amor.

Así tras su lúgubre acento,
Contempla este esposo el fatal
sepulcro, su triste lamento
Turbando el silencio mortal.
La piedra tocó su cabeza;
Invoca la muerta belleza,
Lamenta su edad juvenil,
Sin ver que la muerte en su brío
Marchita la mies del estío
Cual flor-olorosa de abril.

Sin ver que es humano destino
Gemir entre pena y dolor,
Sin ver que, infeliz peregrino,
Tendrá que morir cual la flor.
Sin ver en el tiempo pasado
Aquel que otra niebla ha llevado
Edén celestial de placer;
Que entonces amaba dichoso,
Y que era terrible y forzoso
Muriese tan dulce mujer.

Bajó, bajó del alto cielo,
Querube de luz tutelar
A dar á tus males consuelo,
De perlas tu vida á sembrar:
Hermosa y fugaz cual las flores
Doró tus ensueños de amores,
Cumplió con amar su misión;
Y luego entre nubes de oro,
Querub, de querubes al coro,
Lanzóse á la eterna mansion.

Inspira su labio el acento
Que eleva entusiasmo inmortal,
De Dios al magnífico asient o
Al eco del harpa eternal,
Dejando la fúnebre losa,

Desde el sepulcro en que reposa
Se eleva su sombra hacia tí,
Tu paso en el mundo guiando,
Tan bella en su amor como cuando
Tembló entre sus labios el sí.

IV.

Mas no escucha mi voz... Misero, llora,
Llora la esposa que la tumba encubre:
Tu llanto ingrato que al eterno implora,
No romperá la losa que la cubre.

Mas una niña allí... Fresco capullo,
Lindo boton que la mañana abriera,
¿Porqué dejas del zéfiro el murmullo,
Y tu inocente asilo en la pradera?

Las flores que en el campo mayo vierte,
Creen aquí sin brillo, sin matices;
Mecidas al aliento de la muerte,
Humedeciendo el llanto sus raíces.

¿Qué buscas tú de noche y desolada,
Al resonar del borrascoso viento?
Es fatal para tí, flor delicada,
De los sepulcros tristes el aliento.

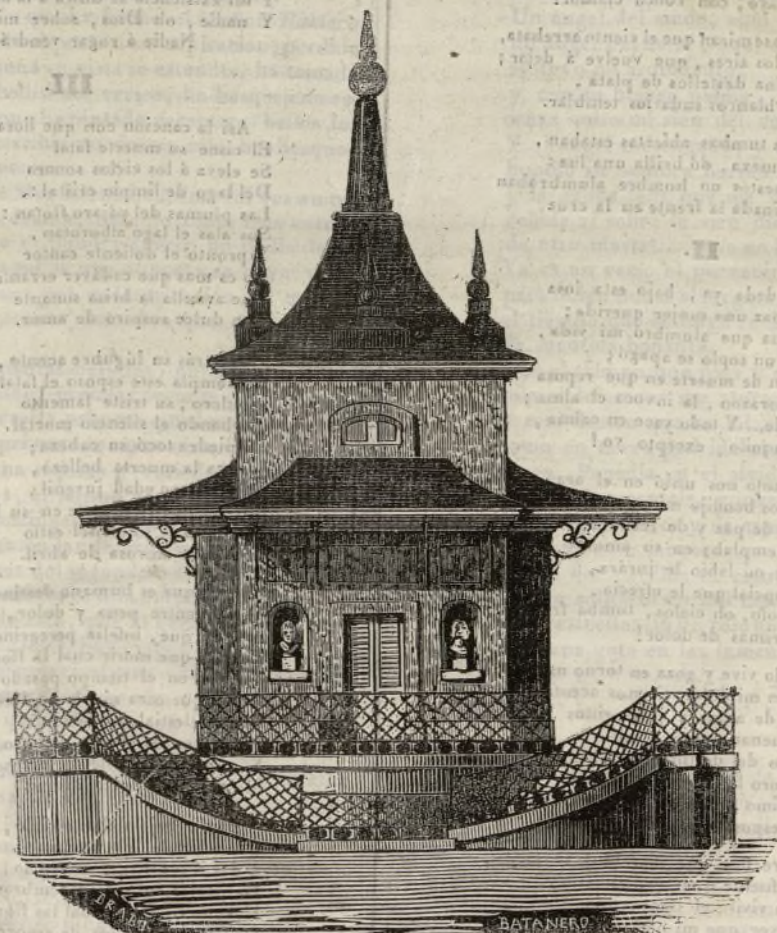
Alzó la niña su semblante hermoso;
Volvió los ojos al sepulcro frio,
Y en los brazos se arroja del esposo,
Pronunciando sus labios: ¡padre mio!

Prenda querida que á mi amor dejara,
Murmura el padre, la que el alma adora!
Y en mi pena un instante se olvidará!
Tu eres el ángel de mi bien ahora.

Alzó sus manos juntas hacia el cielo,
Estrechóla á su seno con amor,
Y un suspiro de paz y de consuelo
Calmó por un momento su dolor.

1835.

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.



La casa del pescador en el Retiro.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores á la segunda edición, pueden pasar á los puntos donde se ha-

yan suscrito á recoger la primera entrega de tomo 2.º [1837]. La entrega segunda del mismo tomo se podrá recoger el próximo domingo 12 del actual.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.